

Pelota sudaca de Jerónimo Parada y Andrés Santa María

© 2015 de la obra por JERÓNIMO PARADA y ANDRÉS SANTA MARÍA

© 2015 de la primera edición por LA POLLERA EDICIONES

Primera edición, La Pollera Ediciones (2015)

ISBN 978-956-9203-25-1

RPI 252.347

Edición: Ergas / Leyton

Diseño: Pablo Martínez

Ilustraciones: Rafael Edwards

LA POLLERA EDICIONES

www.lapolleraediciones.cl / ediciones@lapollera.cl

PELO
TA
SUDA
ICA

Jerónimo Parada **Andrés Santa María**



La Pollera Ediciones

PRÓLOGO

7

ARGENTINA

Osmosis Rioplatense

12

Alfredo Di Stefano/16

Daniel Pasarella/18

Diego Maradona/21

Gabriel Batistuta/24

Javier Mascherano/27

Lionel Messi/29

Angel Di Maria/33

BOLIVIA

Nuestra señora de la Paz

36

Máximo Alcocer/39

Marco Antonio Etcheverry/42

Erwin Sánchez/46

Marcelo Moreno Martins/48

BRASIL

*Conchas contra piedras:
el baile originario*

52

Garrincha/55

Pelé/58

Zico/62

Romario/65

Ronaldo/67

David Luiz/71

Neymar/73

CHILE

Arauco tiene una pena

76

Eliás Figueroa/80

Roberto Rojas/83

Iván Zamorano/86

Marcelo Salas/88

Arturo Vidal/90

Gary Medel/94

Alexis Sánchez/96

COLOMBIA

Visiones del yagé

99

Carlos Valderrama/101

Freddy Rincón/104

René Higuita/107

Faustino Asprilla/110

Radamel Falcao/112

James Rodríguez/114

ECUADOR

Reminiscencias de Gondwana

117

Alberto Spencer/120

Alex Aguinaga/124

Agustín Delgado/129

Enner Valencia/133

Antonio Valencia/136

PARAGUAY

Defensores del Chaco

139

Julio César Romero/142

José Luis Chilavert/145

Carlos Gamarra/147

Salvador Cabañas/148

Roque Santa Cruz/152

PERÚ

La fiesta interrumpida:

El crepúsculo de los ídolos

156

Héctor Chumpitaz/159

Teófilo Cubillas/162

Cholo Sotil/166

Jefferson Farfán/170

Paolo Guerrero/172

URUGUAY

Los últimos charrúas:

el camino del tao

176

Obdulio Varela/179

Juan Alberto Schiaffino/182

Enzo Francescoli/185

Diego Forlán/187

Diego Godín/190

Luis Suárez/192

VENEZUELA

El sueño de Bolívar

195

Stalin Rivas/198

Rafael Dudamel/202

Juan Arango/206

Salomón Rondón/209

SUDAMÉRICA ATRAPA, DESBORDA, SUMERGE en otro tiempo mientras remontamos sus impredecibles ríos madre que se conectan con afluentes que parecen contener toda el agua café del mundo, hilillos que a veces se pierden entre montañas densas del fragor verde de la naturaleza, en picos desde los que brotan innumerables cascadas y que conducen a planos de aguas mudas que poco se diferencian del mar, en cuyas tazas de leche el atardecer se expresa con furiosas tonalidades de imposibles rojos y naranjos. Bajo sus aguas, en sus selvas, en parajes en los que la ciencia está lejos de dar su veredicto, se esconden animales peligrosos, mosquitos resilientes y todo tipo de alimañas. Allí no hay seguridad; el hombre todavía se expone a la naturaleza fulminante que es capaz de acabar con todo y a la vez de resucitar cualquier cosa, pues no hay manantial más fértil que aquellos rincones sudamericanos. Parece indiscutible que la experiencia del fútbol en América del Sur, es más salvaje y única que la que pueda darse en cualquier otro lugar del planeta.

Belicosos indígenas originarios, sanguinarios conquistadores, poderosas linfas africanas, inmigrantes de todos los confines fundidos en maravillosas meiosis en las que intervinieron poderosísimas deidades que también se reprodujeron entre sí, dieron a lugar a los héroes del fútbol sudamericano, hijos de una historia peligrosa e impredecible. Pielas de todos los colores e inverosímiles cabelleras han envuelto el interior y las osamentas de los genios más creativos jamás vistos sobre un campo de juego que han dotado de otro giro a la pelota sudaca, de un ruedo fascinante que con su flujo energético nos conecta por extraños huecos que surcan el tiempo y el espacio desatando en nuestras humanidades sudacas una incontrolable pasión, un frenesí místico sin parangón.

Lejos de la pachamama americana, en tiempos que solo son recordados gracias a las memorias que resisten y a los escribanos que grabaron en libros las vicisitudes de su era, diversos personajes desarrollaron teorías filosóficas, avances científicos, obras artísticas inolvidables, guerras brutales y un sinnúmero de diversas actividades que en conjunto conforman lo que entendemos de nuestra civilización. Sus acciones, motivadas por las más diversas pasiones e ideas, tocaron cuerdas de infinita vibración, atravesaron el tiempo ayudados por la voluntad y energía emanada de los

dioses y ligaron su existencia, en un futuro inimaginado, con un continente lejano y desconocido y con una realidad inexistente que se materializó en cinco siglos de fusión cultural, concentrados en un campo de pasto verde, y en los gladiadores que fugazmente comenzarían a construir una robusta alegoría a los infinitos matices de la humanidad como especie.

Todas las gestas heroicas, los brillos más eneguedores, las jornadas inolvidables y el infinito clamor del pueblo, se han ofrecido a la escritura de diversas mentes que, obsesionadas con el incesante rodar del balón, han intentado conseguir la inspiración divina y el favor de los dioses para poder plasmar en la palabra escrita aquello que brota del fútbol y que necesita de lenguajes ajenos a sí mismo para ser representado de la manera más sublime. La literatura ha abrazado al fútbol con genuina devoción y sus cultores, desde diversos estilos y corrientes estéticas, han ofrecido lo mejor de su pluma para rendir honores a la delirante pasión que cruza todos los rincones de la existencia humana y que es capaz de unir las más diversas formas de cultura y pensamiento para obtener impensados resultados: a veces, una apolínea sintonía de preceptos ético-morales y, otras, un estrambótico caos que refleja los rincones más pestilentes de la naturaleza humana.

Pelota Sudaca nos conecta con las raíces del árbol abriendo caminos extraviados, ductos tapados por la tierra de la descripción que se surcan para volver a vernos, para decirnos de un modo diferente. *Pelota Sudaca* es un libro vivo, sujeto al devenir, siempre dispuesto a dibujar una y otra vez los misteriosos recovecos de las vidas de los genios sudamericanos, esos caminos que se vuelven a abrir incrustándose en el pasado para parir nuevos dioses.

ARGENTINA



OSMOSIS RIOPLATENSE

Hace cuarenta mil años, el descenso de los océanos permitió la milagrosa aparición del Puente de Beringia, y con ello las primeras comunidades se adentraron en la misteriosa América, una nueva dimensión del mundo que se abría como un libro de secretos listos para ser capturados. Siglos después, en el sur del nuevo mundo y al este de la Cordillera de los Andes, a un lado del Océano Atlántico, apenas corrían 3 minutos de partido un 16 de mayo de 1901, cuando Guillermo Leslie derrotó al meta uruguayo Sardeson y logró el primer gol de la historia de la albiceleste, desatando una revolución absoluta en la esencia misma del pueblo argentino, uno de

los tantos herederos del poblamiento americano. Una revolución que por cierto había partido en la mente de Juan Bautista Alberdi en 1852, cuando su frase “gobernar es poblar” obsesionó las mentes de los miembros de la Asamblea Constituyente, quienes consideraron que los ciudadanos del “Primer Mundo” darían un futuro de virtud y prosperidad con su llegada. Pero fue la llegada del pueblo europeo, particularmente desde Italia, la que trastocó furiosamente todos los cimientos de la cultura argentina.

Siglos de historia transcurridos en Europa, y pueblos de distintas naciones se mantenían intranquilos, insatisfechos, hastiados de la explotación, la esclavitud, la inmundicia y la ignorancia de la que eran herederos milenarios, y de ver cómo la historia era escrita por la Aristocracia política y religiosa, incomodada apenas con la aparición de una Burguesía desinteresada de lo que ocurría un poco más allá de sus propias narices. Mientras los patriotas fraguaban las revoluciones que hicieron estallido en Europa durante los siglos 19 y 20, otros decidieron tomar lo poco que los ataba a su tierra natal y viajar al Nuevo Continente. Entre los millones de viajeros que llegaron a América buscando romper con la noción cristiana de destino, destacaban españo-

les y particularmente italianos, que darían a la Argentina un sello de mestizaje único, en particular a su destino predilecto, la porteña ciudad de Buenos Aires.

El espíritu de obreros venidos de todos los rincones de Italia se tomó las calles de Capital Federal. Los bachichas con desenfrenados gritos plasmaron su entusiasmo en todas las actividades de esta nueva Argentina. Una exquisita osmosis de hablas y costumbres tuvo lugar con la llegada de miles de inmigrantes: se fundaron *ghettos*, surgieron conventillos donde predominaba la cocina de la gran bota, y se dejaban sentir por vez primera en tierras sudamericanas los intensos aromas de hierbas selváticas como la albahaca, el romero y el tomillo, que emanaban del fragor de ollas repletas de berenjenas, tomates y zuchinis. Un grupo de genoveses había tomado como su Picola Italia el terreno que comprendía la zona de la desembocadura del Riachuelo en el Río de La Plata, al punto de bautizar el que sería uno de sus más populares barrios, alzando la bandera genovesa como República Independiente de La Boca. Pero no todo era pesto, focaccia y discusiones en torno al anarquismo de Malatesta. Los italianos introdujeron también una desmedida pasión que se plasmaba en cada

picado que poblaba las calles entusiastas de deportistas en bruto. De aquel barrio, ampliamente transitado por el espíritu itálico y fruto de estos primarios partidos, surgían los dos clubes más grandes de la Argentina, River y Boca, protagonistas del mayor clásico del fútbol mundial, y congregadores de una inmensa pasión en torno a sus colores.

Fruto de toda esta historia, todos los días emanan como murmullos interminables desde cafés, bares y taxis en la capital y el interior de la Argentina palabras dedicadas al fútbol, produciendo una vibración futbolística incuantificable, que a veces a mitad de semana y siempre los fines de semana se transforma en alaridos boyantes o encolerizados, en puteadas de inverosímil creatividad, en pizzas cancheras, en chorizos, en aluviones de birra, como si el cuerpo se abocara por completo a esa devoción que no conoce de sensatez, perdiéndose en senderos salvajes e indeterminados que pueden terminar en ráfagas de éxtasis o en la noche oscura del alma. Pasado el vendaval, ese fin de semana repleto de noventa minutos de primitivo frenesí, cesa el griterío y vuelve el rumor, la conversación se torna más cerebral, las pasiones se aquietan, pero la pelota sigue dominando el pulso de la verborrea argen-

tina hasta que nuevamente es viernes y el ciclo se repite sistemáticamente como el giro de la tierra alrededor del sol, como un rito interminable que pareciera que nunca va a acabar.

ALFREDO DI STEFANO

De la frescura de la mente francesa, la misma que hizo reírse a Voltaire de Dios en una Europa que parecía pudrirse en los oscuros pantanos que son las estancadas aguas de la seriedad, que había encallado en el putrefacto olor del culto a lo sacrosanto, brotó el inmejorable adjetivo l'omnipresent para definir a Di Stefano. No podía ser más acertado, y solo cobraba vida porque los ingenios de los periodistas que así le bautizaron se habían curtido en la tierra del hombre que a través de su Cándido se burlaba de las ideas de Leibniz. Esta vez, los atributos divinos se bajaban a la humanidad de Alfredo Di Stefano, vinculando de forma inédita la figura del Dios cristiano con la de un futbolista. La famosa frase bíblica de Jeremías podía releerse así: Di Stefano es omnipresente. Está con su ser, saber y poder, donde quiera que exista algo distinto de Él mismo. La

ubicuidad de “La Saeta Rubia” no se ejercía en todos los confines del universo, pero una vez de corto, abrochados los botines y sobre el pasto verde delimitado por líneas blancas, desafiaba las problemáticas teológicas, cuestionaba los paradigmas de la física, las teorías del tiempo y del espacio: pateaba un córner y con su testa lo convertía en gol. En el Bernabeu, incrédulos hinchas se deleitaban con el omnipresente que vestido de blanco se alzaba como el primer Dios del fútbol mundial.

El castellano rioplatense, variedad dialectal más característica de muchas de las más grandes urbes de Argentina y Uruguay, siguió fluyendo en el viejo Alfredo, aún tras sesenta años de vida en España. “Sho creo que Cristiano es un fenómeno”, replicaba en su última entrevista antes de morir, con esa mezcla de castellano y la inconfundible influencia italiana. Era imposible olvidar la infancia en Barracas, y esa riqueza multicultural que se armaba entre grupos de alborotados niños hijos de genoveses, cántabros, gallegos y judíos sefardíes, todos con historias siniestras detrás que eran tiernamente adornadas para olvidar los avatares de un pasado con el que no parecían querer conectar. Más de medio siglo en España no pudo borrar

ese sentimiento profundamente argentino que la Saeta evocó siempre en su habla impenetrable, ni tampoco sus recuerdos más bellos de la experiencia de 1947, cuando con sus seis goles lideró a la Argentina campeona del entonces llamado Campeonato Sudamericano de Selecciones, máxima gloria que pudo alcanzar en este tipo de competencia, y una razón más para entender por qué Di Stéfano nunca dejó de alucinar desde su ventana con las más hermosas panorámicas del Río de la Plata.

DANIEL PASSARELLA

Enterrados sus codos en su escritorio, con un frío sudor acumulándose en sus sienes, el montón de papeles que se desparramaban frente a sus ojos perdían sentido, se hacían nebulosos, carecían de todo significado e importancia. Habían pasado 24 horas de aquel 26 de junio de 2011, cuando el Estadio Monumental tuvo su jornada más negra, siendo sede de un acontecimiento por el que miles hubiesen apostado una de sus extremidades a que nunca iba a ocurrir: la gloriosa “banda sangre”, el mítico Club Atlético River Plate descendía a la B Nacional, provocando una ola de amargura

que asoló Buenos Aires por casi un año. Todo esto ocurrió décadas después de sus glorias vistiendo aquella camiseta, ahora presidiendo la institución, la misma que tantas veces llevó con sudor y sangre a las alturas del triunfo. Todas las seguridades se derrumbaban, todas las certezas construidas en torno al esperable ego formado tras décadas de ser objeto del favor de los dioses, se tornaban violentamente en su contra, como un implacable karma que se había finalmente desatado.

Siglos antes de aquel fatídico acontecimiento, el joven Daniel forjaba su destino a través de una autoimpuesta disciplina espartana. Su manera de actuar asombraba hasta a los más exigentes profesores que lo veían: parecía como si hubiese nacido ahí a orillas del Río Eurotas, en la Península del Peloponeso, y estuviese con su actuar siguiendo los designios del mismísimo Licurgo, adscrito a una educación en la que su ser individual y sus intereses privados quedaban relegados ante la necesidad de proteger con la vida el bien común y la subsistencia del colectivo. Fue así como Passarella cultivó la lectura y el cuerpo, y entendió que hasta en la estética -y en detalles como la forma de cortarse el cabello- se jugaban los conceptos fundamentales que

forjaban la identidad de los gladiadores del mañana. Aplicando estos preceptos en sí mismo, haciendo un homenaje involuntario a la más respetada casta militar que dieran las antiguas Polis griegas, se transformó en un brutal protector del área, teniendo la particularidad de ser capaz de llegar constantemente a posiciones ofensivas y clavar pelotas en el arco contrario, gracias al poderío de su salto y a la técnica de su cabezazo, armas que podían derrumbar a los más amenazantes adversarios.

Todas las felicidades y éxitos del pasado, aquellas jornadas inolvidables luciendo la albiceleste, coronadas por el momento en que con la jineta de capitán en el brazo fue el primer argentino en levantar con legítimo derecho la hermosísima Copa del Mundo en 1978, parecían espejismos de una vida que había acabado para dar paso a una resurrección desde una individualidad distinta, con un espíritu sin dudas diferente, consternado por la tragedia que se acababa de desatar. Las entrevistas, las frases hechas, las excusas y los perdones, los chivos expiatorios, los periodistas asediando, los balances económicos, las reuniones con los poderosos e influyentes, lo alejaban como un cometa a la deriva en un cielo que se esfuma lentamente de

nuestro campo visual, lejos de aquel inconsciente colectivo que Charly García describió genialmente. Pero en el universo en que solo caben la imbatible potencia de la gloria, su recuerdo heroico sobrevive la frágil memoria, preservando incólume aquel guerrero espartano que fue capaz de dar alegría al pueblo con su carácter y fuerza implacables, protegiéndolo de los horrores de la vida mundana, e inmortalizando las más bellas historias escritas en el pasado.

DIEGO MARADONA

Si Dionisio de Alejandría hubiese logrado extirpar el libro del Apocalipsis de la Biblia, no tendríamos un sustento material en donde encontrar la profecía del retorno del elegido. Este obispo sospechaba que el evangelio del fin de los tiempos de Juan era una excusa para situar el reino de Jesús en la Tierra, y con ello, aceptar los placeres de la carne como propios de la Fe. Pero estas páginas sobrevivieron a las luchas doctrinarias, y sus vaticinios fueron ciertos; Diego apareció en la faz de la Tierra entre los siete sellos y las trompetas, como un fulgor celestial que nos señaló el término de una era, en medio de revoluciones armadas, sangrientas